

Francisco de la catedral de Toledo es hechura de Alonso Cano, pero debemos suponer á los españoles mejor enterados de las cosas de España que los extranjeros: no puede darse gran crédito en este punto á quien muestra ignorar el alto y merecido renombre del Murillo de la escultura, una de las glorias más legítimas y menos disputadas del arte hispano, diciendo que Alonso recibió las primeras lecciones de un tal Martínez Montañés, sin mencionar una sola de sus inmortales obras.

Una circunstancia digna de tenerse en cuenta refiere Ceán Bermúdez, en su ya citado *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de Bellas Artes en España*. Alonso Cano, pintor, escultor y arquitecto, como los grandes artistas del siglo XVI, vino á Toledo á oponerse á la plaza de maestro mayor de la Santa Iglesia, á la sazón vacante, y á pesar de su bien adquirida reputación, no consiguió ser agraciado con la plaza, que se confirió en 13 de Agosto del mismo año á Felipe Lázaro de Goyti, cuyo nombre, por respetable que fuera, no ha llegado hasta nosotros rodeado de la aureola de gloria que acompaña y acompañará siempre, al de su ilustre competidor. Este desconocimiento del mérito del artista, este desaire hecho á un hombre de antecedentes tan honrosos en su profesión, no excluye en absoluto la idea de que fuera Cano algunos años más tarde el encargado por el cabildo de labrar la estatua de San Francisco; pero sí aleja, en mi humilde sentir, las probabilidades del hecho. Singular contraste es el que ofrecen los cabildos metropolitanos de Toledo y Granada, dejando ir el primero sin la plaza de maestro mayor á este hombre pródigamente favorecido por la Naturaleza con extraordinarias aptitudes, é impetrando y obteniendo el segundo á fuerza de instancias, la indispensable autorización de la corona para proveer en un profesor de bellas artes que no había cantado en su vida, ni estaba ordenado *in sacris*, una ración de *músico de voz*, por no perder la ocasión, bien remota en verdad, de utilizar en favor de la iglesia de Granada sus meritorios y excepcionales servicios.

De ilustre abolengo, Pedro de Mena y Medrano nació en Adra, una de las siete villas de la Alpujarra, en el reino de Granada. Su padre Alonso de Mena, artista también y autor del rico monumento de la plaza del *Triunfo*, le dedicó desde los primeros años al ejercicio de su profesión, y siendo ya hombre Pedro, se dirigió á la ciudad del Genil con el exclusivo objeto de ver trabajar á Cano, que llenaba ya con su fama todas las provincias andaluzas. Satisfecha su curiosidad, rogó y suplicó al célebre racionero que le admitiese en el número de sus discípulos, y Cano, que adivinó bien pronto las felices disposiciones de aquél, accedió á tan reiteradas instancias, convirtiéndose desde entonces en su más decidido protector y en el mejor de los maestros. Correspondió el discípulo á tales distinciones, sujetándose á estudiar desde los más rudimentarios principios del arte, á pesar de ser ya casado y de 26 años de edad, y comprometiéndose á no trabajar para el público hasta obtener la autorización del

maestro, que no tardó en otorgársela por cierto.

Su primera obra fué una *Concepción* para la iglesia parroquial de Alhendín, que dió lugar á un ruidoso litigio con la comunidad de religiosas de un convento donde por una complacencia disculpable estuvo depositada la imagen, contribuyendo no poco esta singular contienda á extender y vulgarizar el nombre de Mena, y tanto le agradaron á Cano las primicias del talento de su nuevo discípulo, que comenzó á cederle muchas obras de las que él no podía, ó no quería ejecutar, ayudándole al mismo tiempo con dibujos y modelos. En este concepto acaso—y es todo lo que puede concederse—tuviera alguna participación Alonso Cano en la obra del San Francisco, pues aunque la estatua le fuera encargada á Mena por el cabildo toledano, no hay inconveniente en admitir la posibilidad de que le prestara algún auxilio, ó le ilustrara con sus consejos, como acostumbraba á hacerlo, el celoso y desinteresado maestro.

Mena, siguiendo en todo las inspiraciones del popular artista granadino, trabajando muchas veces en su compañía, procurando imitarle siempre en la disposición de las figuras, en el plegado de los paños y en la sencillez de la composición, de tal modo llegó á identificarse con su maestro, que en ocasiones es difícil distinguir las obras del uno de las del otro. Juntos trabajaron en el convento de religiosas del Angel de Granada y en el coro de la catedral de Málaga, y aún duran las disputas entre los críticos sobre el verdadero autor de algunas de estas esculturas.

Sería prolijo enumerar todas las obras de Mena, que son muchas, y habré de concretarme, por lo tanto, á citar como más notables, además de las referidas, la estatua del *Angel Custodio* que en 1836, con motivo de la desaparición del edificio, fué trasladada del convento de monjas de su nombre en Granada, á la Academia de Nobles Artes de la misma ciudad; la del *Cristo de la Agonía*, enviada á Génova por el príncipe Doria y aplaudida con entusiasmo por los mejores artistas italianos; una *Magdalena* labrada para Madrid, que inspiró cierto romance heroico á D. Francisco Bancés Cándamo, famoso poeta de aquel tiempo, y la *Virgen del Pilar* con *Santiago*, encargada á Mena por D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, de la que falta decir que fué robada la cabeza de la Virgen cuando estaba todavía sin concluir. Acogido el artista, porque creía no poder repetirle con la misma perfección, acudió al rey en demanda de justicia; dirigióse éste á los preladados del reino por medio de la correspondiente cédula de ruego y encargó para que fulminaran censuras contra el ladrón, y un día, sin saber cómo, apareció la cabeza robada en el mismo taller de Mena.

Fué este escultor, según Palomino, igualmente apto para trabajar en madera, que en piedra y en marfil, si bien en esto último sea muy corto el número de las obras que ejecutó, y estaba reputado por el mejor de los que quedaron en España al fallecimiento de su maestro. Murió el año de 1693 en la ciudad de Málaga, donde había ido para atender

al restablecimiento de su salud, bastante quebrantada desde que estuviera en la corte, y fué enterrado en el monasterio del Cister, en el cual tenía dos hijas religiosas profesas.

En las postrimerías del año 1872 vino á Toledo Zacharie Astruc, inteligente y acreditado escultor francés, cuya interesante biografía suscrita por Ernest Cheneau, puede verse en la *Galerie Contemporaine* que se publicaba en París en 1883, números 63 y 64, apoyado por muchos hombres eminentes franceses y españoles, entre ellos el célebre historiador y estadista Mr. Thiers, con el objeto de hacer una reproducción fiel y exacta del San Francisco de Mena (1). Obtenida la venia del cabildo después de no pocas dificultades y resistencias, en cierto modo justificadas, dió principio á los trabajos fijando su taller de común acuerdo en una pieza de la sacristía mayor que se conoce con el nombre de *Cuarto de la Custodia*, bajo la asidua y constante vigilancia del hoy capellán muzárabe Don Natalio Moraleta, comisionado al efecto por el cabildo, y en los últimos días del mes de Junio de 1873 quedó terminada la copia con tal precisión é identidad en los más minuciosos detalles, que podía muy bien confundirse con el original. Logrado ya el objeto que se propusiera con tanto empeño, Astruc regresó á su país, no sin sufrir antes grandes contrariedades y reveses que le retuvieron en Madrid por algún tiempo, llevándose además del santo un bajo-relieve con el escudo de armas de la *Puerta de Visagra*, diferentes acuarelas, una titulada *Les balcons roses* y varios estudios que el pueblo parisién ha tenido ocasión de admirar luego.

Poco tiempo después, en Agosto de 1874, visitaba yo en la capital de la vecina república, acompañado de dos amigos, españoles también, el *Palacio de la Industria*, situado en los Campos Eliseos. Celebrábase en aquellos días una de esas exposiciones mensuales á que concurren alternativamente, sin el estrépito de los grandes certámenes, los múltiples y variados productos de todas las industrias, y cuál sería nuestra sorpresa al encontrarnos frente á frente de la conocida estatua de San Francisco, que tan gratos recuerdos debía despertar en la imaginación de los compatriotas de su inspirado autor; último destello de nuestras pasadas glorias. Detuvimos á examinarla, creyendo por el pronto que la obra de Mena y Medrano se había trasladado á las orillas del Sena, y el dueño, ó encargado de la instalación que, sin duda, participaba de nuestro entusiasmo artístico, ya que no de nuestro entusiasmo patrio, fué acercando poco á poco á aquel grupo de extranjeros, señaló con el índice de su diestra mano la peregrina imagen del serafín de Asís y dijo en el idioma propio de los naturales de la antigua Galia:

«C'est la représentation la plus parfaite et achevée de l'ascétisme religieux, un sentiment qu'on ne comprend plus aujourd'hui.»

(1) Astruc, arrastrado por el común sentir, le creía de Alonso Cano, y así le considera también su biógrafo.